

EL BIOMBO

a la Sra. Adelina Flores de Cabanillas

Llegas de la escuela, cruzas el jardín, entras en el portal. Tu padre está sentado en una mecedora, lee. Te detienes y lo ves-te ve, fuma de la pipa mientras clava sus miradas como alambres en tus ojos, te agachas. Vienes de la escuela. Pasaste por la tienda de Juanita, había unos frascos con dulces que le acababan de llegar de la ciudad; los viste bien, están envueltos en papelillos de colores brillantes. Los viste y preguntaste cuánto cuestan. No sabes si son buenos, pero los papelillos los puedes guardar. Tu padre se retira la pipa de la boca. Sigues con la cabeza baja pero levantas la mirada para verlo; tiene amarillento el bigote y te sigue mirando con fuerza. Comienzas a menearte en tu cuerpo. Vienes de la escuela, traes cuadernos y un lápiz en la mano. Una mano se te ofrece abierta como un caracol que desenreda su concha, la sostienes por el dorso como queriéndole vaciar tus palabras en la palma áspera por los días. La mano toca tu hombro, recorre tu clavícula, llega a la barbilla y te levanta la cara. Los ojos amarillos y el bigote de alambre. Los dulces y los papelillos de colores. Vienes de la escuela.

-Papá quiero que me des diez porque en la escuela tengo que hacer un biombo.

Tu lenguaje es siempre en centavos, no conoces los billetes grandes. Tu padre sonríe. La mano que tenía en la rodilla sube a la cintura, baja, entra a la bolsa del pantalón, sale apuñando unas monedas. Aquel movimiento lo compararías después con una gran pala mecánica que busca grava en los ríos. Apuñas fuerte el dinero y se lo muestras a Juanita abriendo la mano como espuma, con la otra mano le señalias los dulces. Te da algunos. No los cuentas porque así no definirías la cantidad, son muchos, te basta y corres. Te detienes de pronto y los miras bajo el

sol, brillan en los ojos. Los guardas y corres levantando polvo con los huaraches.

Vienes de la escuela, mostraste a tus amigas los papelillos dentro de los cuadernos. De los dulces no les hablaste. Llegas al jardín, empujas la reja-entras. Tu padre en la misma silla que lo mece, te pregunta algo-respondes. Dejas tus cuadernos y sales a comprarle tabaco. Aún te faltan colores, hay un lila muy bonito que descubriste esta mañana. Tus amigas saben de los dulces y te pueden ganar los papelillos que te faltan; de ese color que viste esta mañana quedan pocos. Te regresas de la puerta, tu padre tiene la pipa vacía. Se lo tienes que decir pronto porque él tiene prisa. Se lo dices ya sin tanto miedo:

-Papá ¿me das dos para el biombo?

Tu padre te sonríe-asiente-sales. Pides primero el dulce ese, cuesta trabajo porque está en el fondo pero no quieres otro. La mano impaciente de Juanita se revuelve entre los dulces, lo alcanza, te lo alarga con su mano, la misma que te pide, te exige la paga. Tomas el dulce, ves indiferente la mano y pides el tabaco.

En el pueblo las calles son de polvo suave. El río pasa cerca, en la orilla se bañan los sauces, y los álamos que nunca están quietos separan los campos. En el pueblo hay una escuela, el billar, la iglesia y la tienda de Juanita con frascos de dulces, con muñecas de cartón y con tabaco.

Los días en el pueblo se siguen unos a otros como en todas partes. Pero a nadie le importan las otras partes; tienen tierra que siembran, agua en las secas y un camino abierto a la ciudad por donde se arrastran las carretas.

-Papá, dame cinco para el biombo –y siempre sales apretando con fuerza las monedas-.

Tus hermanos se enteran de que estás haciendo un biombo en la escuela. Te han descubierto, pero tú no lo sabes. El padre tiene la mirada fuerte y el bigote amarillento por el humo, por el tiempo. El padre llega siempre a su silla de baqueta cuando está cansado. Tus hermanos te han descubierto, pero no lo sabes, ellos no tienen de los papelillos que les has enseñado. Ahora le

pedirán para tu biombo. Lo hacen, todos le piden pero tú no sabes.

-Papá, dice la prieta que le des para el biombo.

-¿Cuánto quiere?

-Quiere cuatro.

Como la pala mecánica; el brazo, el hierro, la mano, la bolsa:

-Ten.

Las clases casi terminan. Vienes de la escuela, Juanita te conoce y te grita. Con un dedo te señala un frasco y sonríe. Abres muy grandes los ojos, son dulces nuevos, están envueltos en oropeles de colores. ¡Qué colores tan bonitos! Unos, sólo tienen unas rayas guindas que abrazan al dulce. Corres levantando el polvo, la sonrisa de Juanita se queda dibujada en el espacio. Las ramas de la orilla del camino quedan grises a tu paso, tú vas lejos. Ese oropel se estira con la uña y queda tan bien que no sabes cómo explicarlo, pero sientes un vacío muy grande. Es una ilusión que nace, como si unos hilos invisibles te jalaran del estómago. El horizonte no existe, vas, tal vez, a casa. Algo grumoso se pasea por tu cuerpo. La sonrisa y el dedo apuntando de Juanita los traes bien grabados. Te gritó y fuiste. Nunca antes te habían llamado para mostrarte algo, te sientes grande, eres importante, te toman en cuenta, Juanita no le habla a cualquiera. ¿Y si no te dan el dinero? Qué pena ¿Qué va a pensar ella? Que no le compraste. No eres grande, ya no te llamará nunca para mostrarte algo, tienes que regresar, tienes que acomodar la sonrisa que traes grabada en aquella boca que se la ha ido comiendo los años. Tienes que pedirle a tu padre, le estás haciendo un biombo, él te da. Siempre te ha dado con gusto, a veces se tuerce el bigote y crees que se enoja pero se ríe luego. Tú ignoras que tus hermanos te han descubierto: Ramón, Josefita, Aurora. Todos lo saben, todos lo hacen.

Llegas de la escuela, el jardín te parece corto. Hay nuevas flores, no las ves, no las ves porque en ese momento no te importan. Entras al portal, la poltrona está

vacía; no está tu padre, piensas, imaginas, giras los ojos revolviendo la casa. Qué pena con Juanita, fue ella quien te habló y te enseñó el frasco, los oropeles como queriendo lanzarse fuera: Buscas en el patio y no está. Alguien saca agua del pozo. Corriste para llegar pronto pero ya no estaba. Preguntas por él.

-Se fue a la ciudad, te dice tu Yita –y sigue sacando agua-.

Vas a correr a una esquina para esconderte, para que Juanita no te vea más, ya no pasarás por su tienda. Te detienes porque te hablan:

-Prieta –dice tu Yita siempre sonriendo-. Tu padre está en el granero.

Corres. Te esperan Juanita, los dulces de oropel y la sonrisa aquella que te trajiste grabada, la misma que te dirá: “gracias”, cuando compres y pagues, cuando las manos se encuentren en un punto para cambiar moneda-dulce y envolver cada quien lo suyo.

-¡Papá! ¡Papá! Dame diez para el biombo.

El padre respira profundo, se abraza la cintura con el índice y el pulgar de cada mano. Te mira fuerte, arroja el aire. La mano al bolsillo. Tú no sabes que precisamente hoy todos tus hermanos han ido a pedirle para el biombo, para tu biombo, para tu gran obra. Él te mira cada vez más fuerte. Esperas atenta. Recuerdas los oropeles y los ves flotando en el viento, te gustaría que llovieran oropeles, como el día que te contó tu Yita que llovieron pescados. Tu padre de pie, no ha pasado más que un instante. Esperas. Exclama:

-¡Ay, prieta! Qué brava amaneciste hoy.

Sueltas el llanto, lloras. Lloras porque aún no sabes que brava también significa valiente, lloras porque no sabes que brava también significa osada y grande; osada de osadía. Grande de grandeza. Lloras, él no te ha negado nada, el dinero te lo ofrece con la mano abierta pero no lo tomas. La mano insiste, él te besa. Lloras. Saca un pañuelo, recoge tus lágrimas e insiste con la mano abierta pero tú bajas la cabeza y sales.

En la escuela tus amigas te mostraban los oropeles en sus cuadernos. Tú cambiaste la ruta por donde siempre ibas, le fallaste a Juanita. Nunca olvidarás que te llamó por tu nombre, ni siquiera te dijo "Prieta" como te dicen tus hermanos. Aquella sonrisa se quedó para siempre petrificada. Olvidaste la lluvia de oropeles. No eres grande, perdiste los hilos que te jalaban, dejaste de sentir cosas extrañas; fallaste. Tus hermanos tal vez sigan explotando tu secreto y pidan para tu biombo hasta el último día de clases que llegaste con el biombo dentro de un sobre que traías en la mano.

Venías con muchos días, venías de tu último rodeo a la tienda de Juanita. Llegaste de la escuela. Tu padre en la silla se mecía con lentitud. Llegaste y te paraste frente a él. Dejaste asomar una sonrisa que empezó a crecer en tu boca hasta desbordarse. Los ojos te brillaban, las pestañas acentuaban los rayos. Sentiste algo que te inundaba, algo que salía por la piel. Tu mano derecha salió detrás de tu espalda donde se escondía y se fue derecho a los ojos de tu padre.

-Ya te traje el biombo.

Él, sumamente interesado, como quien se prepara para leer el mensaje más interesante jamás escrito, tomó el sobre en sus manos, lo abrió con mucho cuidado y sacó un cartoncillo blanco con tres o cuatro dobleces que tenía unas flores dibujadas.

-¡Qué bonito es! ¡Cómo me gusta! –le dijo al biombo y continuó como extasiado-: Este biombo lo voy a guardar muy bien porque me salió muy caro.

Oscar Liera, París, 7/nov/73